

**El comportamiento reproductivo de los varones desde un enfoque socio-demográfico:
Algunos hallazgos a partir de la ENCOPLAF 96.**

Juan Manuel Contreras Urbina
London School of Hygiene and Tropical Medicine,
University of London

Antecedentes

Con la finalidad de lograr una mayor reflexión analítica en el estudio de la reproducción, en años recientes se empezó a reconocer la necesidad de integrar la visión de los varones en todas las dimensiones que comprenden el comportamiento reproductivo. El reflejo de esta inquietud por incorporar la visión masculina, es observable en el esfuerzo que han venido realizando los responsables de las encuestas sobre salud reproductiva por entrevistar a los hombres. En este contexto es que se enmarca la Encuesta de Comunicación en Planificación Familiar (ENCOPLAF) la cual fue levantada en 1996 por el Consejo Nacional de Población (CONAPO), la cual representa estadísticamente a los estados con más alta fecundidad en México (Consejo Nacional de Población, 1997).

Para entender la reproducción de alguna manera es necesaria una mayor claridad de cómo se establece el papel de los hombres en torno a este fenómeno, para lo cual es indispensable tener evidencias empíricas confiables que representen las experiencias de gran parte de ellos. Actualmente, la mayoría de las investigaciones socio-demográficas en México que han abordado el estudio de la reproducción, lo han hecho desde el punto de vista de las mujeres (Figueroa-Perea, 1998). Mientras que por otro lado, la mayor parte de los estudios que analizan el comportamiento reproductivo de los varones lo han hecho desde un punto de vista antropológico con base en estudios específicos de caso, sin atender suficientemente los aspectos socio-demográficos del mismo. En cambio, este estudio presenta un análisis de la reproducción masculina desde una perspectiva socio-demográfica a gran escala. Es por ello que se utiliza la ENCOPLAF 96, ya que es una encuesta que incluye la opinión de los

varones respecto a este tema y, que además, es estadísticamente representativa a nivel nacional.

La investigación está guiada por los siguientes objetivos específicos: a) describir y analizar los niveles de fecundidad de la población con base en las respuestas de los varones; b) examinar la relación de la fecundidad masculina con dos de los factores de mayor trascendencia dentro de la salud reproductiva que afectan directamente la exposición a la concepción: el ejercicio sexual y la nupcialidad; c) describir y analizar el comportamiento reproductivo de los varones fuera del matrimonio; d) explorar algunas variables respecto a las preferencias reproductivas de los hombres; e) analizar los resultados anteriores según la situación socio-demográfica de los participantes; y f) contrastar las experiencias reproductivas entre hombres y mujeres y analizarlas bajo una perspectiva de género.

Consideraciones metodológicas

La Encuesta de Comunicación en Planificación Familiar (ENCOPLAF) 96

La ventaja del uso de la ENCOPLAF 96 es que permite contar con datos que tienen representatividad estadística sobre las experiencias y percepciones del comportamiento reproductivo tanto de hombres como de mujeres. De hecho, es una de las primeras y más recientes encuestas a nivel nacional que presenta este tipo de información. Es por ello que destaca lo importante que resulta esta fuente de datos.

La ENCOPLAF 96 tiene representatividad estadística en los nueve estados de la República en los que se llevaron a cabo las entrevistas, dichos estados son: Chiapas, Estado de México, Guanajuato, Guerrero, Hidalgo, Michoacán, Oaxaca, Puebla y Veracruz. El Consejo Nacional de Población (CONAPO) nombra a estos estados como “prioritarios”, lo que para el CONAPO significa que son los estados que presentan mayores niveles de fecundidad en el país y que también destacan por sus altos índices de marginalidad, por lo

que son prioritarios para el establecimiento de políticas sociales que contribuyan en su desarrollo.

La ENCOPLAF 96 se aplicó a todas las mujeres unidas de entre 15 y 49 años y a las mujeres solteras de entre 15 y 24 años residentes habituales o temporalmente presentes en el hogar entrevistado; y por otro lado, también fue aplicado a todos los varones cónyuges de las mujeres unidas entrevistadas y a los varones solteros de entre 15 y 24 años residentes habituales o temporalmente presentes en el hogar.

La ENCOPLAF 96 fue diseñada para que se llevaran a cabo un total de 3711 entrevistas en los nueve estados que hemos señalado; de estas entrevistas el 45.7% fueron hechas a varones y el resto a mujeres. El 41% de los varones entrevistados eran solteros al momento de la entrevista, todos ellos entre 15 y 24 años cumplidos. En las mujeres el porcentaje de solteras es relativamente menor (casi 35%), siendo también todas ellas mujeres cuyas edades fluctúan entre los 15 y los 24. Como se apuntó anteriormente, en la encuesta solamente se entrevistaron célibes que estuvieran en ese rango de edad, mientras que en las mujeres unidas se entrevistaron a todas aquellas que tuvieran entre 15 y 49 años.

En cambio, en el caso de los hombres unidos el único requisito era que fuesen mayores de 15 años, sin embargo, solamente alrededor del 5% resultaron ser mayores de 49 años, por lo que, al igual que las mujeres, la mayor parte de los varones entrevistados tenía entre 15 y 49 años cumplidos al momento de la entrevista. Por otro lado, en el caso de los varones, el peso de los solteros del grupo de entre 15 y 24 años es de poco más del 80%, mientras que en las mujeres es del 72%; es decir, la minoría de los participantes en ese grupo de edad se encontraban unidos al momento de la entrevista.

El análisis de la información

Una aproximación cuantitativa para el estudio del comportamiento reproductivo masculino es importante ya que ofrece un acercamiento a las estimaciones de este tema aún poco

explorado en México. Asimismo, el análisis cuantitativo permite explorar los diferenciales existentes entre distintos grupos socio-demográficos y más aún, los diferenciales por sexo, ambos puntos centrales en este trabajo.

Con la utilización de este tipo de metodología difícilmente se pueden dar explicaciones específicas sobre el por qué de ciertos comportamientos y, a su vez, se proporciona poca información sobre la contextualización de las circunstancias que envuelven a los procesos reproductivos. Sin embargo, el interés de esta investigación más bien tiene como meta ofrecer elementos que posibiliten el desarrollo de un panorama descriptivo y generalizable del fenómeno, para que a partir de ello, se puedan elaborar nuevas formulaciones en los esquemas explicativos sobre estas temáticas.

Para analizar la fecundidad se utiliza la paridez media. Además, indicadores sobre la primera relación sexual, primera unión y primer hijo son estudiados para observar el comportamiento de los fenómenos de la fecundidad, sexualidad y nupcialidad en conjunto. El estado marital al primer alumbramiento y los hijos nacidos fuera del actual matrimonio son también analizados para observar el comportamiento reproductivo fuera del matrimonio. Finalmente variables representativas sobre el deseo o no de más hijos también son consideradas en esta investigación.

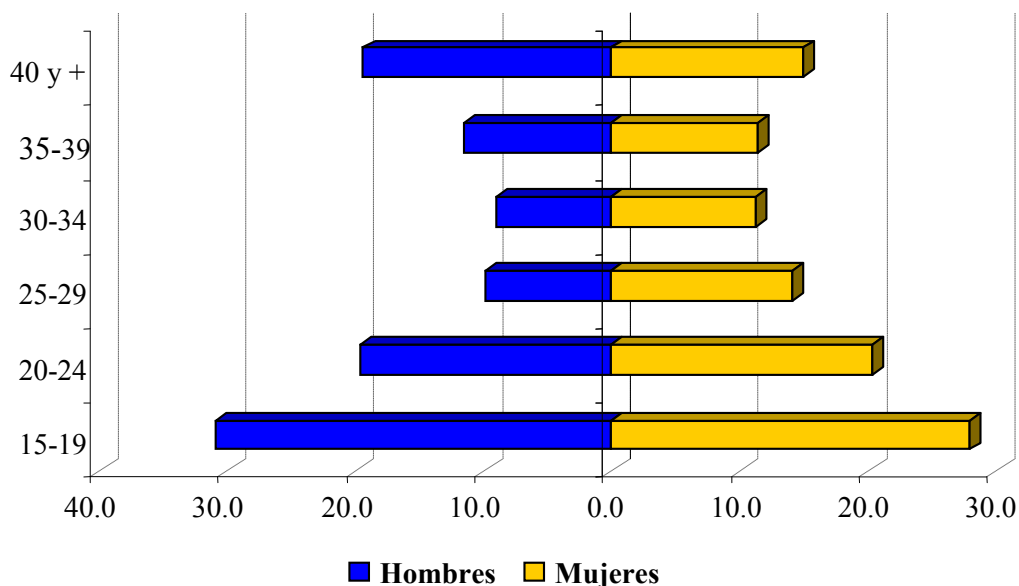
Como se mencionó anteriormente, uno de los propósitos del estudio es el de presentar el análisis de acuerdo a la situación socio-demográfica de los entrevistados. En este caso, las variables socio-demográficas a utilizar son las siguientes: grupos de edad, lugar de residencia, nivel de escolaridad y estado civil. En el Cuadro 1 y la Gráfica 1 se presenta un resumen de la distribución de la población por sexo de acuerdo a las diferentes variables socio-demográficas arriba mencionadas.

Cuadro 1

Distribución porcentual de la población por lugar de residencia, nivel de escolaridad y estado civil, según sexo. Encoplaf, 1996.

	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Total</i>	<i>N</i>
<i>Lugar de residencia</i>				
Urbano	67.4	70.4	69.0	2562
Rural	32.6	29.6	31.0	1149
<i>Nivel de escolaridad</i>				
Sin instrucción	5.8	10.3	8.3	308
Primaria incompleta	20.3	20.8	20.5	761
Primaria completa	20.2	26.1	23.4	868
Secundaria	33.5	28.1	30.6	1136
Preparatoria y +	20.2	14.7	17.2	638
<i>Estado civil</i>				
Casado sólo civil	14.3	15.5	14.9	554
Casado sólo iglesia	4.2	4.3	4.3	159
Casado ambos	29.4	31.9	30.7	1141
Unión libre	11.1	13.6	12.4	462
Soltero	41.0	34.8	37.6	1395
<i>Total</i>	100.0	100.0	100.0	
<i>N</i>	1696	2015		3711

Gráfica 1. Distribución de la población por edad, según sexo. Encoplaf, 1996.



Por otro lado, se consideró importante tener una variable explicativa que representara la percepción de los entrevistados respecto a la toma de decisiones reproductivas y sexuales dentro de la pareja. Para ello se tomaron en cuenta las siguientes dos preguntas de la encuesta: “En una pareja ¿quién cree que debe decidir el número de hijos a tener y el momento de tenerlos?” y “¿quién cree que debería tomar la decisión de cuándo tener relaciones sexuales?”. Con ello se procedió a construir la variable con dos categorías: la primera se refiere a aquellos que en al menos una de las dos preguntas consideran que la decisión debe ser unilateral, y la segunda representa a aquellos que en las dos preguntas consideran que la decisión debe ser compartida. Partimos de la idea de que los individuos que están de acuerdo en compartir con sus parejas la toma de estas decisiones tienen, en general, una posición más favorable a la equidad entre la pareja (lo cual supondríamos también comprende la equidad de género), que aquellos que creen que las decisiones deben ser tomadas únicamente por alguno de los dos. Es por ello que esta variable ayuda de cierta manera a aproximarnos al análisis de las diferencias entre las dimensiones estudiadas en relación a la dinámica de género que viven los entrevistados.

Finalmente con el objetivo de tener una caracterización amplia y analítica de la interpretación de los resultados, se incorpora además una comparación con los hallazgos de los componentes reproductivos analizados pero provenientes del punto de vista de las mujeres, siendo la mayoría de estas mujeres parejas de los varones en estudio. Dicha interpretación tendrá como marco analítico la perspectiva de género, ya que la manera en que hombres y mujeres experimentan el proceso de reproducción está asociada con las características de la estructura social enmarcadas por las relaciones de género.

¿Los hombres reportan el mismo número de hijos que las mujeres?

Dado que la encuesta no tiene una historia de embarazos, el único indicador de la fecundidad que se puede obtener es la paridez media, es decir, la media de hijos nacidos vivos que han tenido los individuos a lo largo de su vida. Este indicador se obtuvo tanto para hombres como para mujeres unidos y se obtuvo la prueba estadística t para ver si la diferencia entre medias por sexo resultaba o no significativa (Cuadro 2). Al observar la paridez media de la población total por sexo resalta que no existen prácticamente diferencias entre ellos, 3.30 de los hombres por 3.36 por las mujeres. Con este resultado, en principio sería posible cuestionar la creencia de que los hombres no declaren con precisión el número de hijos. Sin embargo, las diferencias más importantes en este indicador entre hombres y mujeres se dan por grupos de edad, lo cual es más bien reflejo de que ambos viven un proceso reproductivo demográficamente distinto, en el cual es evidente que ellos comienzan a edades más tardías que ellas.

Cuadro 2
Paridez media de la población unida, de acuerdo a diversas características
según sexo. Encoplaf, 1996.

<i>Grupos de edad</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Prueba t</i>	<i>Significancia</i>
15-19	0.59	1.02	-2.750	0.007
20-24	1.28	1.66	-3.359	0.001
25-29	2.14	2.39	-1.954	0.051
30-34	2.72	3.18	-2.592	0.010
35-39	3.26	4.39	-5.571	0.000
40 y +	5.26	5.34	-0.386	0.700
<i>Total</i>	3.30	3.36	-0.555	0.579

Por lo tanto, para realizar un análisis más preciso, aislamos la influencia de la estructura por edad para hacer la comparación entre hombres y mujeres, es decir, se estandariza la estructura por edad de las mujeres con la de los varones para poder observar la paridez media total de las mujeres en dado caso que tuvieran la estructura por edad de ellos. En este caso, se obtiene que la paridez media de ellas pasa de 3.36 a 3.60, es decir, un 10% mayor que en el caso de los varones, lo cual indica que efectivamente, la fecundidad de ellas es ligeramente mayor que la de ellos, diferencia que podría ser interpretada como que los hombres unidos presentan un subregistro de la fecundidad de alrededor del 10%, asumiendo por supuesto que el registro de las mujeres es el correcto. Sin embargo, esta diferencia continuó siendo no significativa de acuerdo a la prueba t.

Al analizar este indicador de acuerdo a las variables socio-demográficas, destaca que entre los varones al igual que en las mujeres, la fecundidad en áreas rurales es mayor que en áreas urbanas y, en general, a mayor escolaridad el nivel de fecundidad es menor. También se observó un valor más alto entre aquellos, tanto hombres como mujeres, que consideran que las decisiones deben ser tomadas unilateralmente que en los que creen que deben ser compartidas por la pareja.

Las diferencias por sexo de acuerdo a las diferentes variables socio-demográficas no resultaron significativas, a excepción del nivel de escolaridad. En este caso, los resultados

señalan que las diferencias entre hombres y mujeres se presentan en los grupos de altos niveles de escolaridad, en donde las mujeres registran significativamente más bajos niveles de fecundidad en comparación con los varones. Con ello se sugiere que el efecto de la escolaridad en la baja de la fecundidad es importante para el caso de ellas más no en el caso de ellos.

Actividad sexual, nupcialidad y procreación

El objetivo principal de esta sección es básicamente establecer en qué medida se conforma el vínculo entre sexualidad-nupcialidad-procreación para los varones y, a su vez, determinar el nivel de las principales diferencias encontradas en relación con las mujeres, esto tanto a nivel total como en relación a las variables socio-demográficas.

A continuación nos enfocamos en la edad al inicio de la sexualidad, la nupcialidad y la procreación, midiendo además los intervalos entre cada uno de los fenómenos tanto para hombres como para mujeres. Para ello, se calculó la edad mediana a la primera relación sexual, a la primera unión y al primer hijo para la población de 25 a 34 años, quienes representan a los nacidos entre 1962 y 1971 (Cuadro 3).

De acuerdo a la información de la ENCOPLAF 96, la edad a la primera relación sexual en los varones es de 18.1 años y la edad a la primera unión es de 22.0 años. Para el caso de ellas, estas cifras fueron de 18.7 y 19.8 respectivamente. Destaca que la actividad sexual en varones no ocurre tan temprano como en muchas ocasiones se sugiere, incluso resultó ser únicamente alrededor de medio año menor que en las mujeres. En cambio, los hombres retrasan su edad a la primera unión dos años más que las mujeres. Se observa que la brecha entre la primera relación sexual y la primera unión en varones es de 4 años, mientras que en mujeres es apenas de 1.

Cuadro 3						
Edad mediana a la primera relación sexual, a la primera unión y al primer hijo de la población unida 25-34, de acuerdo a diversas características según sexo. Encoplaf, 1996.						
	<i>Hombres</i>			<i>Mujeres</i>		
	<i>Edad Mediana</i>			<i>Edad Mediana</i>		
	<i>1a relación sexual</i>	<i>1a unión</i>	<i>1er hijo</i>	<i>1a relación sexual</i>	<i>1a unión</i>	<i>1er hijo</i>
<i>Lugar de residencia</i>						
Urbano	18.0	22.3	23.9	18.9	20.4	21.0
Rural	18.1	20.7	22.3	18.3	18.8	19.9
<i>Nivel de escolaridad</i>						
Primaria	18.6	21.2	23.4	18.4	19.9	20.7
Secundaria	17.9	22.0	23.2	19.6	20.8	21.6
Preparatoria y +	17.7	22.5	24.6	21.4	21.8	24.0
<i>Decisiones reproductivas</i>						
Unilaterales	19.2	21.0	23.3	19.3	20.4	21.0
Compartidas	17.8	22.0	23.6	18.5	19.4	20.1
<i>Total</i>	18.1	22.0	23.5	18.7	19.8	20.4

En el caso de la concepción, los resultados indican que los hombres tienen en promedio su primer hijo a los 23.5 años mientras que las mujeres experimentan este fenómeno más jóvenes, a los 20.4 años. En los hombres en promedio transcurren 5.4 años de la primera relación sexual al primer hijo, mientras que en el caso de las mujeres este lapso es de 1.7 años, es decir, hablamos de una diferencia de experiencias entre hombres y mujeres de 3.7 años. Un dato interesante es que de acuerdo al análisis, en los varones transcurre un año y medio a partir de su primera unión hasta el nacimiento de su primer hijo, mientras que en las mujeres esto es menos de un año, alrededor de 7 meses. Esto podría sugerir que las mujeres tienden a reportar en mayor medida que los hombres los nacimientos de los hijos que son concebidos fuera de la unión.

Analizando por lugar de residencia, lo más destacable es que, tanto en hombres como mujeres, la brecha entre la primera relación sexual y la primera unión en áreas rurales es claramente menor que en áreas urbanas (2.6 años en áreas rurales y 4.3 en áreas urbanas en el caso de los varones, mientras que en las mujeres estos lapsos son de 0.5 y 1.5 años respectivamente). Por escolaridad, resalta que a mayor nivel los varones inician más

temprano sus relaciones sexuales y, en cambio, inician más tarde su vida conyugal, es decir la brecha aumenta. En contraste, las mujeres a mayor escolaridad inician más tarde sus relaciones sexuales y también su ingreso a la unión y, además, la brecha va disminuyendo. Como consecuencia se observa que las diferencias entre hombres y mujeres con respecto a estos indicadores, son mayores al incrementarse el nivel de escolaridad. Por ejemplo, la brecha entre la primera relación sexual y la primera unión es de 2.6 años en el caso de los varones con primaria y 1.5 años en el caso de las mujeres con este mismo nivel de escolaridad, es decir, 1.1 años de diferencia. Mientras que la brecha en el caso de los hombres con nivel de preparatoria y más es de 4.8 años mientras que en las mujeres es únicamente de 0.4 años, es decir, una diferencia entre hombres y mujeres de 4.4 años en las experiencias en estos dos fenómenos.

En el caso del primer hijo, las mujeres con mayor nivel de escolaridad dejan pasar después de la unión un poco más de tiempo para tener a su primer hijo después de unidos en comparación con el resto de las categorías. Sin embargo, en todos los casos se encuentra una estrecha relación entre la unión y la concepción. En cambio, en los hombres no hay diferencia entre el lapso unión-procreación en relación a los distintos niveles de fecundidad. Comparando por sexo destaca que la edad al primer hijo entre aquellos que tienen preparatoria y más es muy similar entre hombres y mujeres, mientras que la diferencia es mayor en aquellos que tienen únicamente la primaria.

Sobre la toma de decisiones reproductivas, es de resaltar que en los hombres el inicio de las relaciones sexuales es a edades más tempranas entre aquellos que consideran que las decisiones deben ser compartidas en relación a los que creen que éstas deben ser tomadas unilateralmente (17.8 contra 19.2); e incluso el intervalo entre sexo-unión es mayor entre los primeros (4.2 años contra 1.8). Al parecer, los que prefieren tomar decisiones unilaterales experimentan un patrón más “convencional” en su comportamiento sexual-marital, parecido al que se vive en áreas rurales y entre grupos con bajo nivel de escolaridad; es decir, comportamiento caracterizado por una más cercana brecha entre la sexualidad y la unión. En el caso de las mujeres, la brecha es muy similar entre las que consideran que las decisiones deben ser unilaterales en comparación con las que señalaron que éstas deben ser compartidas, sin embargo el inicio tanto a la primera relación como a la

primera unión es a edades más chicas en el caso de las que consideran las decisiones deben ser compartidas. Por último, tanto en hombres como en mujeres la edad mediana al primer hijo no presenta diferencias importantes de acuerdo a la toma de decisiones reproductivas.

Otro indicador que también caracteriza el comportamiento de la sexualidad, nupcialidad y unión en hombres y mujeres y, que además, pone énfasis en el comportamiento de los adolescentes, es el porcentaje de población unida de 25 y más años que tuvieron su primera relación sexual, su primera unión y su primer hijo antes de los 20 años (Cuadro 4).

Cuadro 4						
Porcentaje de la población unida de 25 y más años que tuvo la primera relación sexual, la primera unión y el primer hijo antes de los 20 años, de acuerdo a diversas características según sexo. Encoplaf, 1996.						
	<i>Hombres</i>			<i>Mujeres</i>		
	<i>Antes de los 20</i>			<i>Antes de los 20</i>		
	<i>1a relación sexual</i>	<i>1a unión</i>	<i>1er hijo</i>	<i>1a relación sexual</i>	<i>1a unión</i>	<i>1er hijo</i>
<i>Lugar de residencia</i>						
Urbano	73.8	18.2	8.0	63.9	53.5	46.2
Rural	69.1	30.3	18.1	70.8	61.6	50.2
<i>Nivel de escolaridad</i>						
Sin instrucción	75.9	20.3	7.6	86.0	68.6	60.2
Primaria incompleta	64.2	23.5	11.3	77.5	68.7	59.9
Primaria completa	74.2	28.2	15.4	61.1	52.7	42.0
Secundaria	72.6	18.9	13.2	51.7	45.1	39.9
Preparatoria y +	78.2	17.7	5.5	37.1	18.6	10.1
<i>Decisiones reproductivas</i>						
Unilaterales	69.7	22.1	5.5	67.7	54.2	47.6
Compartidas	74.4	22.1	14.6	64.9	56.7	47.2
<i>Total</i>	72.3	22.0	11.2	65.9	55.8	47.4

Las tendencias son similares a lo observado anteriormente en el análisis de las edades medianas; es decir, la vinculación de la sexualidad con la unión y la procreación es evidentemente más estrecha entre mujeres que varones. Llama la atención que únicamente 1 de cada 10 hombres tuvo su primer hijo antes de los 20 años, mientras que en el caso de las mujeres es prácticamente 1 de cada 2. Destaca que en el caso de las mujeres, las

diferencias en dichos porcentajes son importantes respecto al nivel de escolaridad, no así para el caso de los varones.

En el caso de la entrada a la unión, también éste es un fenómeno más común entre adolescentes mujeres que entre adolescentes varones. De hecho, más de la mitad de las mujeres unidas de 25 años o más tuvieron su primera unión antes de los 20 años, mientras que en el caso de los hombres únicamente poco más del 20% ingresaron a la vida marital antes de esta edad. Aparentemente, la diferencia entre hombres es significativa de acuerdo al lugar de residencia; mientras que en áreas urbanas 18% estaban ya unidos antes de los 20 años en áreas rurales este porcentaje alcanza el 30%. En el caso de las mujeres, al igual como en el caso de la fecundidad, la entrada a la unión varía de acuerdo al nivel de escolaridad, en donde se observa una tendencia tal y como se esperaba: la proporción de mujeres adolescentes con hijos y casadas es mayor en el caso de aquellas con menor nivel de escolaridad y dicha proporción va disminuyendo cuando el nivel de escolaridad va aumentando.

En el caso de la sexualidad, éste es un fenómeno que es común entre adolescentes varones, independientemente de sus características socio-demográficas. Los resultados indican que prácticamente más del 70% han tenido relaciones sexuales antes de los 20 años. Aunque en las mujeres este porcentaje es poco mayor del 65%. La diferencia entre ambos grupos es que en ellas, el fenómeno de la sexualidad está más vinculado a la nupcialidad en comparación con el caso de los hombres quienes tienen relaciones sexuales premaritales en mayor proporción que las mujeres.

El comportamiento sexual premarital de los varones se pone también de manifiesto al obtener el siguiente indicador: la cantidad de solteros y solteras que han tenido relaciones sexuales. Entre los entrevistados célibes de entre 15 y 19 años, 20 de cada 100 varones han tenido al menos una relación sexual, mientras que en el caso de las mujeres este mismo dato es de 3 de cada 100. Entre los solteros de 20 y 24 años, 70 de cada 100 hombres ya han tenido actividad sexual, mientras que las solteras de estas mismas edades este número es de 20 de cada 100. De hecho, se obtuvo este indicador para las distintas variables socio-

demográficas y lo interesante fue observar que en todos los casos las diferencias entre hombres y mujeres siguieron la misma tendencia y además fueron estadísticamente significativas. Entre hombres volvió a resaltar que, en áreas urbanas hay una mayor proporción que en áreas rurales de solteros que han tenido relaciones sexuales. En las restantes variables socio-demográficas no hubo importantes diferencias entre las distintas categorías.

Hijos fuera del matrimonio

Para ver qué nos dice la información de la ENCOPLAF 96 sobre los hijos fuera del matrimonio, se analizaron básicamente dos indicadores: el primero referente a la proporción de unidos que han tenido hijos con otras parejas además de la actual; el segundo que refiere a los hijos concebidos y/o tenidos con la pareja actual antes de la unión.

Respecto al primer indicador, se encontró que únicamente 7% de los hombres unidos declaró tener hijos con otras parejas, misma proporción encontrada para el caso de las mujeres. Analizando por diferentes variables socio-demográficas, los porcentajes fueron muy similares y las diferencias entre hombres y mujeres en ningún caso resultaron significativas. Para quitar el efecto de la edad, se obtuvo el dato únicamente para los mayores de 39 años. En este caso, el 7.6% de las mujeres y el 11.1% de los varones indicaron haber tenido hijos con otras parejas. Aunque la diferencia no resulta estadísticamente significativa, ésta es de 3.5 puntos porcentuales, lo cual al obtener el Odd Ratio se traduce a que los varones tienen .65 odds más riesgo de tener hijos fuera del matrimonio que las mujeres.

En el segundo indicador (Cuadro 5), se aprecia que entre los hombres entrevistados con hijos, 4 de cada 10 concibió a su primer hijo antes de la unión. Lo que esto sugiere es que el embarazo premarital es un hecho relativamente común, posiblemente siendo la mayoría de estos rara vez planificados y que un elevado porcentaje de varones se une por esta situación. Esto muestra que para una parte considerable de individuos, la entrada a la unión

no significa un determinante a la procreación sino justamente lo contrario. Este resultado también lleva a pensar que una buena parte de los hombres tienen relaciones sexuales antes de la unión con sus parejas y, por lo tanto, el registro de actividad sexual fuera del matrimonio por parte de las mujeres podría estar subestimado.

Cuadro 5
Distribución porcentual de los varones unidos en relación a la situación marital con ocasión del primer alumbramiento, de acuerdo a diversas características. Encoplaf, 1996.

	<i>Hombres</i>				
	<i>Hijos nacidos antes</i>	<i>Hijos concebidos antes y nacidos después</i>	<i>Hijos nacidos y concebidos después</i>	<i>Total</i>	<i>N</i>
<i>Lugar de residencia</i>					
Urbano	10.8	32.3	56.9	100.0	490
Rural	14.8	20.2	65.0	100.0	237
<i>Nivel de escolaridad</i>					
Sin instrucción	22.2	13.9	63.9	100.0	72
Primaria incompleta	8.2	20.9	70.9	100.0	183
Primaria completa	13.9	31.6	54.5	100.0	158
Secundaria	12.1	25.3	62.6	100.0	174
Preparatoria y +	10.0	45.7	44.3	100.0	140
<i>Decisiones reproductivas</i>					
Unilaterales	9.9	26.2	63.9	100.0	265
Compartidas	13.5	29.8	56.7	100.0	462
<i>Total</i>	12.1	28.3	59.6	100.0	727

Es interesante observar que el porcentaje de hijos concebidos fuera del matrimonio es mayor entre aquellos que consideran que las decisiones reproductivas deben ser compartidas que entre los que opinan que éstas deben ser unilaterales. También destaca que, al igual que aquellos que toman las decisiones compartidas, en las áreas urbanas y en niveles de escolaridad altos se encuentra la mayor proporción de varones que concibieron hijos antes de la unión y que los tuvieron después, en relación al resto de las categorías. Es decir, son en estos grupos en donde hay más altas proporciones de varones en quienes la procreación es el antecedente a la unión.

La preferencia de hijos

Con la intención de tener una idea más precisa sobre la actitud o no pronatalista de los varones, en este apartado se analiza, en primer lugar, la preferencia de hijos de los hombres mayores de 40 años según si hubieran deseado más, menos o igual número de hijos de los que tuvieron y haciendo la comparación con lo dicho por las mujeres. La pregunta de la encuesta en la que está basado este análisis es: “si usted pudiera regresar a la época en la cual no tenía hijos, y pudiera escoger el número de hijas e hijos por tener en toda su vida ¿cuántos tendría?”. Los resultados arrojan que poco más de la mitad de hombres y mujeres habría querido tener menos hijos de los que finalmente tuvieron. Únicamente 10% de los varones indicaron que les hubiera gustado tener más siendo este porcentaje mayor en el caso de las mujeres (casi 20%), es decir, aparentemente las mujeres aparecen como más pronatalistas que los varones. Incluso, esta diferencia resultó estadísticamente significativa (Cuadro 6).

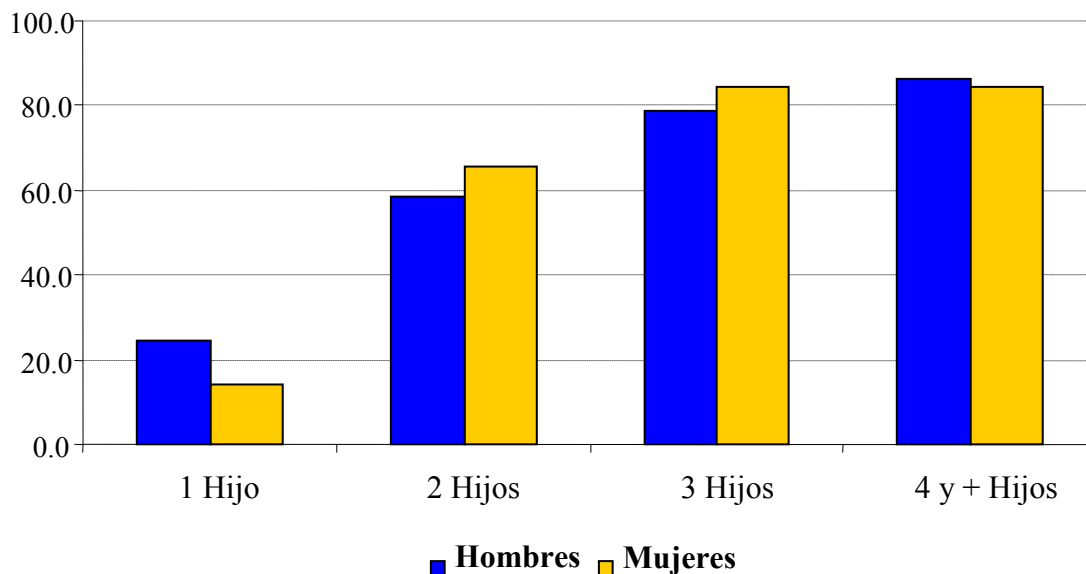
Cuadro 6				
Porcentaje de la población unida de 40 y más años que hubieran deseado tener más hijos de los que tuvieron, de acuerdo a diversas características según sexo. Encoplaf, 1996.				
	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Chi cuadrada</i>	<i>Significancia</i>
<i>Lugar de residencia</i>				
Urbano	12.4	23.4	10.502	0.005
Rural	11.7	8.6	2.447	0.294
<i>Nivel de escolaridad</i>				
Sin instrucción	12.5	18.0	11.532	0.003
Primaria incompleta	14.3	12.1	0.420	0.810
Primaria completa	10.7	28.1	7.466	0.024
Secundaria	12.5	24.2	3.626	0.163
<i>Decisiones reproductivas</i>				
Unilaterales	21.5	27.6	3.824	0.148
Compartidas	6.2	14.1	8.248	0.016
<i>Total</i>	12.4	19.3	9.530	0.009
<i>N</i>	298	452		

Analizando por características socio-demográficas, es interesante observar que solamente en el caso de los individuos que viven en áreas rurales y en los que tienen primaria incompleta las mujeres resultaron ser menos pronatalistas que los varones, siendo que en ambos casos, la diferencia no fue estadísticamente significativa. En cambio, en el resto de las categorías, claramente hay una mayor proporción de mujeres que de varones que hubieran preferido tener más hijos. También es interesante apuntar la diferencia entre aquellos hombres que consideran que las decisiones deben ser compartidas y aquellos que consideran que deben ser unilaterales, resultando estos últimos con deseo de más hijos que los primeros.

Para seguir en esta línea de análisis, en segundo lugar se examinó a aquellos que no desean más hijos de acuerdo al número de hijos que tenían al momento de la entrevista (Gráfica 2). Destaca la diferencia entre hombres y mujeres que tienen un hijo, siendo ellos los que en mayor proporción no desean tener uno más (más de 20% de varones con un hijo no desean tener otro más a comparación de alrededor del 10% en el caso de las mujeres). Esta tendencia ligeramente se invierte entre los que tienen 2 y 3 hijos, es decir, hay una mayor proporción de mujeres que de varones que ya no desean otro hijo, aunque la diferencia en estos casos es mínima. Entre los que tienen 4 y más hijos la proporción de los que no desean otro es prácticamente la misma tanto en hombres como en mujeres. Nuevamente, los únicos varones que se encontraron que desean más hijos que sus parejas son aquellos que consideran que las decisiones deben ser unilaterales. Incluso, haciendo la comparación entre varones se confirma que los de áreas rurales y los de decisiones unilaterales resultan ser los que se encuentran en los grupos más pronatalistas.

En general, los resultados presentados en esta sección no ratifican la postura respecto a la posición de los varones en favor del deseo de muchos hijos y cuya preferencia se opone a la de sus parejas. Sin embargo hay ciertos grupos, demográficamente minoritarios, en donde al parecer sí se manifiesta este comportamiento.

Gráfica 2. Porcentaje de la población unida que no desea tener más hijos, de acuerdo al número de hijos que actualmente tienen según sexo. Encoplaf, 1996.



Discusión y consideraciones finales

En México, la construcción de la masculinidad sugiere que los hombres generalmente no participan ‘postivamente’ en cuestiones de salud reproductiva. Se plantea que las conductas sexuales y reproductivas que giran en torno a ellos son entre otras: actividad sexual frecuente y a edades muy tempranas, bajo nivel de uso de anticonceptivos, poliginia o infidelidad sexual, poca claridad de sus eventos reproductivos, obstáculo potencial en el ejercicio de las bajas preferencias reproductivas de las mujeres, etc. Sin embargo, al parecer no está totalmente comprobado que estas conductas sean las que predominen entre los varones.

Los resultados analizados arrojan una variedad de reflexiones que pueden ser útiles para reflejar la situación reciente del comportamiento de ciertas variables relacionadas a la reproducción masculina. A continuación se hará mención de aquellas que, desde esta perspectiva, parecen ser las más destacables.

El interés demográfico por conocer los niveles de fecundidad masculina ha sido escaso; este tema ha sido relegado principalmente por cuestiones básicamente relacionadas con la medición de la fecundidad (Greene et al., 1997). Se dice, aunque poco se ha documentado con base en evidencia empírica, que los varones no tienen una representación clara sobre sus eventos reproductivos. Es común señalar que los varones tienden a subestimar el número de hijos que tienen, principalmente aquellos que han tenido con parejas con las que no se encuentran unidos; aunque por otro lado, también se indica que por el contrario, que sobreestiman la cantidad de hijos ya que para algunos el tener muchos hijos con diversas parejas es una forma de reafirmar su masculinidad, dado que esto finalmente representa tener una participación sexual activa.

Los resultados arrojan que existe una ligera diferencia entre el número de hijos reportados por hombres que por mujeres, tanto en el caso de los solteros como de los unidos. Esto hace pensar en un subreporte de los varones en el número de hijos, obviamente suponiendo que el índice calculado para las mujeres sea el correcto; sin embargo, este subregistro es menor a lo que habitualmente se cree. Y al parecer este subregistro es respecto a los hijos que se tienen antes de la unión, ya que, de acuerdo a los resultados, son precisamente los hombres quienes son más proclives a tener hijos fuera de la unión actual en comparación con las mujeres.

Al analizar la fecundidad de acuerdo a las variables socio-demográficas que se tomaron en cuenta para el presente estudio, se encontró, tanto en varones como en mujeres, una fecundidad mayor entre aquellos que viven en áreas rurales, con menor nivel de escolaridad y que consideran que las decisiones reproductivas deben ser tomadas unilateralmente. Sin embargo, es interesante observar que el nivel de escolaridad tiene un efecto más evidente en la baja fecundidad entre mujeres que entre varones, principalmente cuando éstas alcanzan altos niveles de formación escolarizada. El nivel de escolaridad ha sido utilizada como una variable explicativa para entender la baja de la fecundidad (Castro-Martin et al., 1995, entre otros); sin embargo, de acuerdo a los resultados de este trabajo, al parecer esta variable no sería central para entender la fecundidad de los varones.

En América Latina, la fecundidad de los varones se distingue por iniciar más tarde que la de las mujeres (Guzmán et al., 2001) y nuestros resultados confirman este fenómeno. Aquí resulta claro que las relaciones de género en nuestra sociedad marcan diferencias en la entrada a la concepción para cada uno de los sexos. Mientras que las mujeres inician su fecundidad en edades adolescentes, los varones inician algunos años más tarde, generalmente estando en pareja con mujeres de edades menores que ellos. Estas amplias diferencias entre las edades de las mujeres y sus compañeros pueden crear una gran vulnerabilidad femenina en su interacción con un hombre mayor, ya que las relaciones de poder tienden a ser más desiguales (Guzmán et al., 2001).

Ahora bien, tanto en áreas rurales como a menor nivel de escolaridad se inicia la procreación a edades más tempranas en comparación con áreas urbanas como a mayor nivel de escolaridad. Sin embargo, en el caso de las mujeres estas diferencias son más marcadas. La edad mediana al primer hijo entre las mujeres unidas con secundaria de entre 25 y 34 años es de 21.6, en cambio este mismo indicador entre las que cuentan con preparatoria o más es de 24.0. En el caso de los hombres las diferencias son mucho menores, estos valores son de 23.2 y 24.6. Incluso la diferencia de edad al primer hijo entre varones y mujeres con preparatoria es únicamente de 0.6 años, mientras que en los de primaria es de 2.7. Con esto se confirma que la influencia de la escolaridad en el fenómeno de la fecundidad es mayor en las mujeres que en los hombres.

Por otro lado, es por demás conocida la brecha existente entre la primera relación sexual y la primera unión entre varones, sin embargo, no está totalmente clara la magnitud de dicha brecha. Revisando diversos estudios Szasz (1998) encontró que en México este lapso tiene un promedio de siete años; en cambio según nuestros cálculos es de cuatro. Siendo así, la diferencia en la brecha entre hombres y mujeres sería solamente de tres años y no de seis, lo cual podría interpretarse en que la separación de este tipo de experiencias entre hombres y mujeres no es tan marcada en términos numéricos como lo que usualmente se cree.

Respecto al inicio del primer encuentro sexual, existe una creencia respecto a que los hombres inician su actividad sexual a edades muy tempranas (Barrios et al., 1993;

BEMFAM, 1999; Morris et al., 1995; Murray et al., 1998; entre otros). Sin embargo, los resultados de este análisis son distintos. En ellos se observa un inicio más temprano en las relaciones sexuales por parte de los hombres en relación a las mujeres, pero este inicio no es tan temprano como se ha argumentado en otros estudios. Lo que sí es evidente, y que se confirma numéricamente en nuestro estudio, es la participación más activa del hombre que de la mujer en el ámbito sexual antes de la unión.

Otro punto a destacar, es la estrecha relación entre unión y concepción que se encontró en el caso de los hombres y, en mayor medida, en el caso de las mujeres, siendo que en gran número de ocasiones es precisamente la concepción la que antecede a la unión. Esta información arroja al menos dos posibles implicaciones. La primera es que muchos varones y mujeres toman la decisión de unirse al encontrarse con un embarazo. Esto es más frecuente dentro de áreas urbanas, en mayores niveles de escolaridad y entre quienes consideran que las decisiones de la pareja deben ser compartidas. La segunda implicación es que una gran proporción de solteras tienen relaciones sexuales con sus parejas, situación que muchas veces es negada por ellas mismas dado el valor socio-cultural con la que todavía cuenta, para nuestra sociedad, la virginidad antes del matrimonio (Prieur, 1996).

De acuerdo a estos resultados, en general se podría decir que el comportamiento sexual premarital es más común en individuos que viven en áreas urbanas, con mayores niveles de escolaridad y que consideran que las decisiones reproductivas deben ser compartidas por la pareja, por lo cual esta práctica correspondería a un contexto por llamarlo de alguna manera 'moderno', en donde no existe un control tan estricto de los roles sexuales que viven los hombres y mujeres en sociedades jerárquicas patriarcales como la nuestra. Más aún, es interesante observar que los hombres que representan este contexto más 'moderno' presentan tendencias reproductivas más parecidas a las mujeres que representan un contexto más 'convencional', como lo son edades tardías a la primera relación sexual y relación más estrecha entre la sexualidad-nupcialidad-procreación mientras que las mujeres que representan a este contexto más 'moderno', es decir aquellas con mayores niveles de escolaridad, que viven en áreas urbanas y más propensas a tener una actitud de compartir espacios con la pareja, presentan tendencias reproductivas más parecidas a los varones que

representan un contexto más ‘convencional’, es decir, en donde se establecen jerarquías patriarcales más rígidas. Esto nos lleva a pensar que comportamientos reproductivos más parecidos entre hombres y mujeres no necesariamente implican una mayor equidad en las relaciones de género.

Otra percepción que se tiene sobre el comportamiento de los hombres es la de que ellos tienden a ser pronatalistas y con una abierta oposición a los deseos de sus esposas a limitar el número de hijos. Y en cierta forma la tendencia observada fue exactamente la opuesta. Sin embargo, también había que señalar que esta actitud pronatalista de los varones sí caracteriza a ciertos grupos sociales que corresponden a los que hemos estado llamando ‘convencionales’.

Los hallazgos presentados en este trabajo respaldan la idea de que en México, al menos en ciertos sectores, se presentan nuevas formas de ejercer la masculinidad, en donde los rígidos roles que tienen que desempeñar los varones para demostrar su virilidad se están volviendo más flexibles. Estas nuevas formas se traducen en cambios en el desempeño reproductivo en ambos sexos. Es por ello que no coincidimos con aquellos que estereotipan el comportamiento de los hombres en este campo y, aunque si bien es cierto que estos estereotipos corresponden a ciertos núcleos de la sociedad, estos por lo general no reflejan a la mayoría de los mexicanos, e incluso, dentro de estos mismos núcleos no siempre se presentan situaciones tan exacerbadas como las que algunos especialistas refieren. Por lo tanto, lo que se sugiere es el ejercicio de la contextualización y no de la generalización, para lo cual es necesario encontrar los diversos matices que representan las distintas dimensiones reproductivas experimentadas por diferentes sociedades.

Referencias bibliográficas citadas

Barrios J., Ramos, A. (1993). “Adolescencia y embarazo. Aspectos peri-natales y socio-económicos. HMRC Cartagena, Colombia”. *Revista Colombiana de Obstetricia y Ginecología* 44, 2, pp. 101-106.

BEMFAM. (1999). *Adolescentes, jovens e a Pesquisa Nacional sobre Demografia e Saúde: um estudo sobre fecundidade, comportamento sexual e saúde reprodutiva*. Rio de Janeiro, BEMFAM.

Castro Martin, Teresa, Juárez, F. (1995). “La influencia de la educación de la mujer sobre la fecundidad en América Latina: en busca de explicación” en *Perspectivas Internacionales en Planificación Familiar*. Número especial. The Alan Guttmacher Institute, p. 9.

Consejo Nacional de Población (1997). *Encuesta de Comunicación en Planificación Familiar 1996*. México.

Figuroa-Perea, Juan Guillermo (1998). “La presencia de los varones en los procesos reproductivos: algunas reflexiones” en Susana Lerner (edit.) *Varones, sexualidad y reproducción*. El Colegio de México, Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 153-180. México.

Greene, Margaret, Biddlecom, A. (1997). “Absent and Problematic Men: Demographic Accounts of Male Reproductive Roles” Policy Research Division Working Paper No. 103. Population Council. Nueva York.

Guzmán, José Miguel, Hakkert R., Contreras, J.M., Falconier, M. (2001). *Diagnóstico sobre Salud Sexual y Reproductiva de Adolescentes en América Latina y el Caribe*. Fondo de Población de las Naciones Unidas. México, D.F.

Morris, Leo, Sedivy, V., Jay S., McFarlane, C.P. (1995). *Jamaica Contraceptive Prevalence Survey 1993. Vol. IV: Sexual behaviour and contraceptive use among young adults*. Kingston, National Family Planning Board / Centers for Disease Control.

Murray, Nancy, Zabin, L. S., Toledo-Dreves, V., Luengo-Charath, X. (1998). "Gender differences in factors influencing first intercourse among urban students in Chile". *International Family Planning Perspectives* 24, 3, pp. 139-144.

Priour, A. (1996). "Domination and desire: male homosexuality and the construction of masculinity in Mexico". *Machos, mistresses and madonnas. Contesting the power of Latin American gender imagery*. M. Melhuus; K.A. Stolen (Eds.). London: Verso.

Szasz, Ivonne (1998). "Los hombres y la sexualidad: aportes de la perspectiva feminista y primeros acercamientos a su estudio en México" en Susana Lerner (edit.) *Varones, sexualidad y reproducción*. El Colegio de México, Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 127-152.